

Jacqueline Balcells y Ana María Güiraldes

Un día en la vida de

Chimalpopoca, Niño Azteca

A través de un día en la vida de Chimalpopoca, un niño de ocho años que acaba de ingresar a la escuela de sacerdotes o *calmemac*, las autores reviven toda la maravilla y también el horror de la civilización azteca. Narración ágil y dramática que conducirá a los lectores a través de las calles y los templos de Tenochtitlán y les hará conocer de cerca a esos oscuros sacerdotes encargados de llevar a la práctica los sacrificios humanos que aplacarían la furia de los dioses. El relato va acompañado con detallada información acerca de la época y por las bien documentadas ilustraciones de Francisco Ramos. Así, dibujos, historia y ficción dan vida al mundo azteca que los españoles encontraron a su llegada.



9 789561 207417 >



GRUPO
CHOCAPIC

Almac

MEGA
VISION

QUIK

Z
G-ZAG





Chimalpopoca, Niño Azteca

Tenochtitlán, 1517.

Chimalpopoca había nacido bajo las mejores conjunciones astrales. Los sacerdotes aceptaron bautizarlo de inmediato, ya que el horóscopo indicaba buenos augurios para el recién nacido. Como todo azteca, el niño tenía dos nombres: uno para ser usado a diario y el otro —el verdadero— no se pronunciaba casi nunca para que no perdiera su poder. A veces, Chimalpopoca lo repetía despacito para no olvidarlo: —Itzcoatl... Itzcoatl...

Esa mañana despertó repitiendo su nombre. Esta vez no había soñado con el dios blanco que llegaba del agua. Nuevamente en sus sueños era atormentado por los sacerdotes. Le había llegado su turno para ser sacrificado.



¿Quiénes eran los aztecas?

A comienzos del siglo XIV los aztecas llegaron al Valle de México, en las riberas del lago Texcoco. Se daban a sí mismos el nombre de *tenochas*, que significa *descendientes de las tribus del norte*. Eran agricultores y cazadores que venían buscando nuevas tierras donde instalarse.

Excelentes guerreros, se convirtieron rápidamente en los amos del lugar. En menos de doscientos años construyeron un imperio que se extendió desde el Pacífico hasta el golfo de México. Su capital Tenochtitlán—el

lugar de los Tenocha— era la más suntuosa que jamás hubiera construido el hombre americano.

Entre 1519 y 1521 este imperio fue destruido, su capital arrasada y sus habitantes convertidos en esclavos por seiscientos españoles ávidos de oro.

Hoy sabemos de la vida cotidiana de esta extraordinaria civilización gracias a testimonios de cronistas españoles, tales como Bernal Díaz del Castillo, un oficial que participó en la conquista.



Junto a él yacían los cuerpos ensangrentados de los jóvenes que lo habían precedido en la fila. Cuando el gran sacerdote estaba a punto de traspasar su corazón con un cuchillo, despertó gritando su nombre secreto. ¿Sería un sueño premonitorio? Hoy era el día fijado para su ingreso en el *calmecac*, la escuela de sacerdotes...

Ya sonaban los tambores de madera de los grandes templos anunciando el nuevo día. Venus, la estrella de la mañana, hacía su aparición. El día había nacido. Ahora las trompetas de conchas de los sacerdotes se unieron al ruido de los tambores.



No sabíamos si era verdad lo que veíamos...

“Cuando los españoles entraron en Tenochtitlán —cuenta Bernal Díaz— salió a recibirlos el gran Moctezuma. Estaba bajo un palio riquísimo y no podíamos dejar de admirar el maravilloso color de las plumas verdes con grandes labores de oro, con

mucha argentería y perlas chalchihuis que lo recubrían...” y añade: “No podíamos contar la multitud de hombres y mujeres que estaban en las calles y azoteas y en canoas sobre aquellos canales...”



Chimalpopoca esperó, acurrucado en su estera roja y negra, que el resto de los templos respondiera al saludo. Tenochtitlán despertaba en medio de un coro de tam-tam, y las pálidas columnas de humo recién avivadas comenzaron a elevarse hacia el cielo aún oscuro: indios campesinos, ricos y pobres se levantaban respondiendo al llamado del nuevo día.

El niño, aún adormecido, escuchó cómo sus padres entraban y salían de la casa y se afanaban en la preparación del baño. Tenían que encender el fuego para calentar las piedras y luego lanzar el agua que se transformaría en vapor.

—¡Chimalpopoca! —la voz de su hermana Atototl lo hizo reaccionar.

Desnudo, el niño caminó hacia el baño de vapor y piedras y, junto a sus padres y a su hermana, dejó que la humedad impregnara su piel. Cogió un manojito de hierbas con el que restregó su pecho y se golpeó la espalda hasta que sintió que la sangre le corría con fuerza y hacía latir sus sienes. Entonces los cuatro caminaron hasta la acequia y se zambulleron en las aguas heladas.

Estaban listos para comenzar la jornada.

La roca del cactus

Según la leyenda, los aztecas vivían antes sobre el lago Aztlán. Un día les habló la estatua del dios Pájaro Mosca Azul y les dijo que se fueran en busca de nuevas tierras, hasta encontrar el lugar donde un cactus crecía sobre una roca. Allí deberían construir la ciudad de Tenochtitlán, que significa la *Roca del Cactus*.

El valle de Anáhuac —a 2.000 metros sobre el nivel del mar— está rodeado por montañas volcánicas. Cuando los aztecas llegaron a ese lugar, el valle abrigaba a cinco lagos reunidos en uno. Ellos se instalaron sobre una isla del lago

Texcoco, que era pantanoso y tenía una profundidad de unos cuatro metros.

La actual ciudad de México se levanta sobre las ruinas de Tenochtitlán.

Huastecas, Totonacas, Toltecas, Tarascos, Mixtecas, Zaotecas, Olmecas, Tabascos y Mayas eran los pueblos que vivían en México cuando los aztecas comienzan su invasión. Todas estas culturas fueron establecidas en suelo mexicano veinticinco siglos antes que los aztecas llegaran.

Se piensa que los olmecas son los más antiguos y que su civilización brilló 800 años a.C.



Chimalpopoca esperó pacientemente que su madre amasara las tortillas de maíz y las cociera en la piedra plana que había sobre el fuego. El, mientras tanto, revolvía la pasta de gusanos de cactus y le agregaba ají picante.

Cuando el desayuno estuvo listo, padre e hijo se encucillaron frente a la piedra que servía de cocina y las mujeres se retiraron para dejarlos conversar tranquilos. El niño cogió un pedazo de *atolli* y lo impregnó con la salsa de gusanos picante antes de llevárselo a la boca. Por su parte el hombre tomó, de una fuente de cerámica oscura, un puñado de porotos.



Brazos largos, pies anchos, lampiños

Los aztecas eran bajos y gruesos. Sus brazos eran largos y sus pies anchos en proporción a la estatura: estaban acostumbrados a largas caminatas desde su infancia y podían transportar 35 kilos de peso durante quince horas al día.

Tenían los ojos negros y el cabello abundante, pero no tenían vellos en el cuerpo ni tampoco barba: eran lampiños.



—La vida te ha dado ocho años, hijo—dijo el padre.

Los lampiños brazos del indio estaban ceñidos por dos brazaletes de metal, incrustados en piedras, que parecían contener sus músculos.

—Anoche soñé que sería sacrificado —confió Chimalpopoca, en un susurro.

—Tu mente se confunde: el sacerdote serás tú y el sacrificado será otro —le contestó el padre.

El niño se estremeció. ¿Cómo decirle que por culpa de esos sueños que se le repetían noche a noche, había llegado a sentir horror por lo que sucedía en el templo? Y a veces, con sólo cerrar los ojos, podía ver esos corazones palpitantes, de los que le había hablado Atototl. Ella estaba prometida a un sacerdote que ahora ejercía la adivinación en el palacio de Moctezuma. Gracias al futuro marido de su hermana las puertas del calmecac se le habían abierto, lo que era un honor para su humilde familia.

Chimalpopoca jamás se habría atrevido a confesar a nadie que sentía horror de la sangre derramada para satisfacer a los dioses. Su padre se escandalizaría si lo supiera. Y también su madre, y qué decir de sus amigos... Distinto era,

Nueve veces al día sonaban los cuernos

La vida de la ciudad se organizaba alrededor de la plaza central. Nueve veces al día, desde lo alto de la plataforma del templo, los cuernos resonaban marcando las divisiones de la jornada.

Cada cuatro días se levantaba un mercado, así descrito por Bernal Díaz: "Nuestros soldados, que habían estado en Constantinopla y en Roma, nunca habían visto un mercado tan grande, tan ordenado y tan lleno de gente. Más de sesenta mil personas se reunían allí para intercambiar alimentos, hierbas y pociones, plumas teñidas, animales,

lozas, leña, vestuarios, joyas y hasta esclavos".

Los comerciantes tenían que pagar un derecho de entrada al jefe del mercado. Había vigilantes que se mezclaban con la gente, controlaban los pesos y confiscaban las mercaderías de mala calidad. En una esquina del mercado se levantaba una corte de justicia, encargada de juzgar a quienes se sorprendía robando.

Como los aztecas no tenían moneda, hacían intercambio de mercaderías y pagaban las diferencias con granos de cacao.



pensaba el niño, matar al enemigo en el campo de batalla —guerreando— que clavar cuchillos y lanzas en el corazón de una víctima indefensa. ¿Se enojarían con él los dioses por atreverse a pensar esto? ¿Castigaría Tlatlohc, el dios de la lluvia, a la familia de un niño que tenía tales pensamientos?

—¿En qué piensas, hijo? Tus ojos no reflejan la felicidad de un futuro sacerdote.

—En nada, padre, en nada...

Al calmecac ingresaban los niños más dotados y también los pertenecientes a las clases más altas. Y a los veinte años, cuando se recibían de sacerdotes, podían convertirse en escribas de palacio, médicos o adivinos. Pero Chimalpopoca no quería nada de eso: él habría preferido ser guerrero, o tal vez artesano como su padre. Claro que a los ocho años nadie le preguntaba su parecer. ¡Ay, ojalá llegara luego ese dios blanco y de ojos azules, que hacía tanto tiempo esperaba el pueblo azteca! El, en sus sueños, lo veía aparecer flotando sobre el mar, con el rostro cubierto de plumas amarillas. ¡Quizás con su llegada Tenochtitlán no necesitaría más víctimas para alimentar al sol!

El nahuatl: una lengua viva

El *nahuatl* era la lengua de los aztecas. No fue inventada por ellos, ya que la hablaban muchas otras tribus, pero fueron ellos quienes la extendieron a través de sus conquistas. Luego que los aztecas fueron vencidos por los españoles, el nahuatl se convir-

tió en la *lingua franca* de México. Más tarde fue transcrita a la ortografía española y los sacerdotes la usaron para traducir el catecismo.

El nahuatl es una lengua viva que hoy hablan millares de personas en México.



El cielo ya estaba muy claro cuando Chimalpopoca, de la mano de su padre Tizoc, subía los peldaños de la pirámide del templo de Quetzalcoatl, el dios de los sacerdotes. La respiración de Tizoc se escuchaba rítmica y agitada por el esfuerzo al subir los interminables peldaños de piedra. Abajo quedaban la plaza y el vocerío del mercado.

Finalmente se enfrentaron a la gran puerta de entrada. Las figuras de dos serpientes entrelazando sus lenguas de oro, brillaron sobre las alas extendidas de un águila



Veinticinco mantas por un esclavo

El valor de los productos intercambiados estaba determinado de antemano. Así, un esclavo que bailaba, costaba treinta y cinco mantas y un esclavo ordinario, veinticinco.

En cuanto a las mantas, éstas valían cien hojas de papel, cien granos de cacao o una canoa.

Un collar de jade costaba seiscientas mantas y una capa de plumas, cien mantas.

Comían larvas de sapos y huevos de moscas acuáticas

Los aztecas no tenían vehículos con ruedas. Transportaban sus mercaderías pesadas sobre embarcaciones con fondo plano a través de los canales. Como Tenochtitlán estaba construido sobre la isla de un lago pantanoso, cavaron cientos de canales por los que se desplazaban como si fueran calles.

Cuando recién llegaron a Tenochtitlán, los aztecas se alimentaron durante mucho tiempo exclusivamente de las aguas del lago: comían peces, ranas, larvas de sapos y huevos de moscas acuáticas. Una vez asentados y convertidos en agricultores, hicieron del maíz y los porotos la base de su comida.



gigante. Los animales, esculpidos sobre el dintel, fueron los primeros en recibirlos. Un sacerdote llegó después. Llevaba una larga túnica negra, con una capucha de igual color. Su cabello le llegaba hasta más abajo de los hombros, firmemente trenzado. El niño creyó distinguir sangre seca sobre algunos cadejos que caían sobre sus orejas deformadas y llenas de heridas. Del hombre emanaba un olor fuerte y ácido.

—Bienvenido al templo de Quetzalcoatl —dijo el sacerdote, haciendo una leve inclinación con su cabeza.

—Aquí está mi hijo Chimalpopoca, que ha venido a recibir sabias enseñanzas y a honrar a nuestro padre el sol —respondió Tizoc, con una gran reverencia.

—Lo esperábamos —contestó el sacerdote y se quedó inmóvil y en silencio.

El niño apretó la mano de su padre, pero éste se la soltó. Luego abandonó el templo, sin que sus pies descalzos sonaran contra las piedras.

El sacerdote no miró al niño. Sólo dio media vuelta y con un gesto indicó a Chimalpopoca que lo siguiera.

Los banquetes del rey

Así describe Bernal Díaz del Castillo, las comidas de Moctezuma:

“En el comer, le tenían sus cocineros sobre treinta maneras de guisados, hechos a su usanza, y teníanlos puestos en braseros de barro chicos debajo, para que no se enfriasen. Y de aquello que el gran Moctezuma había de comer guisaban más de trescientos

platos... y sus mayordomos le señalaban cuál guisado era el mejor... Oí decir que le solían guisar carnes de muchachos... pero nosotros sólo vimos carnes de gallinas, gallos de papada, faisanes, perdices de tierra, codornices de la tierra, patos mansos y bravos, puerco de tierra, pajaritos de caña y palomas y liebres y conejos...”



Diez muchachitos se inclinaban sobre un enorme calendario circular, en cuyo borde se alineaban las veinte figuras de animales que regían el año. Cuando el recién llegado se acercó a ellos, la voz que recitaba enmudeció y Chimalpopoca se sintió observado.

—Continúen— la orden de Xipecotl, el sacerdote y profesor, hizo que los muchachos inclinaran su cabeza sobre el calendario.

—Calli

—Malinalli

—Coatl

—Totchli

Chimalpopoca escuchó en silencio cómo nombraban los días: las palabras casa, serpiente, hierba, conejo, resonaron varias veces en la sala. Y luego le siguieron ocelote, lagarto, águila, buitre y caña.

Cuando llegaron a caña, la voz del Xipecotl sonó dura:

—Díme, Chimalpopoca, hermano de Ato-totl y futuro sobrino del adivino real, ¿en qué año estamos?

El niño dudó. Sabía que cada año recibía el nombre del día con el cual empezaba y tenía en la punta de la lengua la respuesta. ¡Número-

Corredoras de matrimonios

Las ancianas eran las “corredoras” de matrimonios: se encargaban de relacionar entre sí a las parejas y en la noche de bodas llevaban a sus espaldas a la novia a la casa del novio. La pareja de recién casados se sentaba entonces sobre una estera, con sus

prendas de vestir atadas en símbolo de unión, mientras escuchaban rimbombantes discursos de labios de algunos miembros de la familia.

Un hombre se casaba a los veinte años y una muchacha a los dieciséis.

No a la contaminación

En Tenochtitlán el agua era distribuida por tuberías de cerámica. Los canales se limpiaban constantemente y las obras de ingeniería para su mantención eran notables. Construyeron diques que evitaban el desbordamiento de las aguas, puentes desmontables y compuertas.

La higiene estaba mucho más adelantada que en Europa. Así,

para no ensuciar el lago, los excrementos eran recogidos y llevados en canoas a los campos del continente para ser utilizados como abono. La orina se usaba como mordiente para teñir las telas.

Los españoles se sorprendieron mucho al encontrarse con letrinas públicas construidas a lo largo de las calzadas.



sas veces se lo había escuchado a su padre! Pero la mirada fría de ese profesor lo cohibió y dejó su mente en blanco.

—Estamos en el año de la caña—dijo con brusquedad el sacerdote, sin esperar más—, año en que nació Quetzalcoatl, el dios que nos abandonó y que algunos aseguran que regresará. Esto es algo que un niño de ocho años ya debería saber, sobre todo si quiere ser sacerdote.

Chimalpopoca sintió que una oleada de rabia y vergüenza le calentaba las mejillas. No le gustaba ese hombre que hablaba casi sin mover los labios. Quería avergonzarlo ante los demás niños, pero él sabría defenderse.

—¡Quetzalcoatl ya regresó! ¡Viene en camino, con los dioses blancos!—gritó entonces, acordándose repentinamente de lo que le había contado su hermana y que se repetía tanto en sus sueños.

—¿Qué has dicho, niño?—la voz del hombre era ahora de hielo.

—Quetzalcoatl ha regresado y viene en camino con los dioses blancos—repitió, firme, pero asustado.

—¿Qué?!—el sacerdote empalideció.

La serpiente mujer y el rey

El rey y la serpiente mujer compartían el gobierno de la ciudad. El rey se ocupaba de la guerra, asesorado por cuatro comandos militares. La serpiente mujer se encargaba de las leyes, de los impuestos, de la alimenta-

ción del pueblo y de la construcción de la ciudad.

La ciudad se dividía en numerosos clanes, cada uno de los cuales tenía su propio templo, sus propias escuelas y su propio territorio.

¡Cuidado con el Día del Conejo!

Cuando el niño nacía, la partera le daba la bienvenida y le hablaba del mundo al que acababa de llegar. Si era hombre, le explicaba que tendría que ser un sacerdote o un gran guerrero, para alimentar al dios con la sangre de sus enemigos. Si era mujer, le hablaba de las actividades domésticas que tendría que cumplir. Luego llegaban los parientes con regalos, y también hacían largos discursos frente al recién nacido.

Los aztecas creían que el carácter de una persona dependía del día de su nacimiento. Así, si un niño nacía el día 6 del Conejo, seguramente iba a ser un borracho, puesto que el conejo era el símbolo de los que bebían demasiado. Entonces el astrólogo esperaba un día favorable para bautizar al recién nacido.

Cuando llegaba el día fijado por el astrólogo para el bautizo, cuatro niños eran invitados a la casa a comer galletas de miel. La



¿Cómo sabía ese niño de la noticia que había llegado a Moctezuma?

Suavizó su voz para preguntar:

—¿Quién te contó eso, Chimalpopoca?

—Lo... lo... lo soñé— mintió el niño, presintiendo que había hablado de más.

El sacerdote arrugó su ceño y enmudeció. Y unos minutos más tarde, luego de ordenarles que salieran al patio de las recreaciones, se dirigió con paso rápido hacia los aposentos del gran sacerdote.

—Se trata del alumno nuevo... —comenzó Xipecotl, con la cabeza inclinada ante su superior.

—Habla —contestó el gran sacerdote, que era una sombra larga y oscura con su capucha sobre los cabellos. Estaba sentado sobre un sillón de esteras, bajo un palio ricamente ataviado.

—Su hermana es la prometida de Tiahuanatl, adivino de palacio...— Xipecotl dejó la frase inconclusa.

partera hacía ofrendas a los dioses y colocaba al niño en una estera sobre la cual habían colocado los utensilios de trabajo de su padre y también un escudo. Si era niña, se ponía una pequeña panera, un huso y una escoba. Luego ella decía al bebé su nombre.

Una vez terminada esta ceremonia, los cuatro niños invitados tenían que salir corriendo a gritar el nombre a las calles. Después los padres ofrecían un banquete durante el cual se discutía acerca de las dificultades de la vida.



—Sigue— insistió el sacerdote principal. Sacó una mano fuera del hábito para animarlo con un movimiento.

—Nunca me ha gustado ese adivino, y ahora... —Xipecotl volvió a enmudecer.

—¿Ahora qué?

—Ese niño sabe cosas que no debería saber y me temo que las ha conocido por boca de su hermana —

siguió Xipecotl, cuidando sus p a l a -
bras—.

Quizás para los dioses sea más placentero recibir la sangre de Ato-
totl, que bendecir su matrimonio con quien no sabe contener su lengua— el



Jengibre y larvas de sapos asados

Los aztecas conocían más de doscientas hierbas, que usaban para mejorar las enfermedades. La mayoría de ellas era eficaz para bajar la temperatura o detener las hemorragias. Entre ellas estaban el jengibre, la flor del cactus peyote, el pimiento, la cala arisaema, el estragón. También había tratamientos a base de larvas de sapos asadas o de ranas.

Por lo general eran las muje-

res las que se ocupaban de los tratamientos con hierbas. Las cultivaban en los jardines de sus casas y muchas de ellas se especializaban como curanderas. Mediante actos de magia, determinaban si la enfermedad había sido causada por la venganza de un enemigo o por castigo de los dioses y, según esto, pronunciaban las oraciones y usaban las hierbas necesarias en cada caso.



sacerdote terminó mordiendo las palabras.

La conversación se alargó por varios minutos. El gran sacerdote escuchaba sin dejar convencerse del todo. Los argumentos de Xipecoatl le parecían un tanto exagerados y, a pesar de que admiraba la inteligencia de ese hombre, no entendía del todo su súbito interés por esta nueva víctima. Por otra parte, sentía que cualquier pretexto era válido si se trataba de aumentar el número de ofrendas al insaciable dios.

El gran sacerdote no conocía los sentimientos que se agitaban bajo el pecho de ese hombre que tenía al frente. No sospechaba el odio que Xipecoatl anidaba hacia el hechicero del rey, que siempre lo había superado en conocimientos y habilidades. La última batalla perdida había sido el día en que Moctezuma eligió como adivino de palacio, de entre todos los sacerdotes que lo rodeaban, al más acertado y clarividente en sus predicciones: a Tiahuanatl. Eso terminó por cavar en el corazón de Xipecoatl una herida profunda.

Las mejillas apergaminadas del gran sacerdote se ocultaron entre los pliegues de su capucha y quedó un largo rato en silencio. Cuando habló, su voz fue definitiva:

Las diosas del maíz

La vida de los aztecas se desarrollaba alrededor de la *milpa* o campo de maíz. Ninguna civilización ha estado nunca tan basada en el uso de una sola planta, como la de los aztecas. El cultivo del maíz o *centli* ha permanecido invariable durante tres mil años, y de los dieciocho meses del calendario azteca, casi cada uno tenía sus ceremonias y danzas relacionadas con el crecimiento y recolección del maíz.

El maíz maduraba en julio, y entonces se celebraba una fiesta en honor de la *Diosa del Maíz Joven*. Luego en agosto ofrecían sacrificios a la *Diosa del Maíz Maduro*, para que no les enviara lluvias que podrían echar a perder la cosecha.

Los aztecas, por poseer técnicas agrícolas poco desarrolladas, dependían absolutamente de las lluvias para sus culti-

vos. Esto explica también el hecho de su constante afán de emprender guerras que les proporcionarían las víctimas necesarias para ganarse el favor del dios de la lluvia.



—Está bien: sacrifica a la hermana del nuevo alumno. No lo impediré.

—Sólo la llegada de ese dios blanco, en el que yo no creo, podría detener mi mano —rió sarcástico Xipecotl.

—Esa es tu palabra y velaré porque se cumpla —respondió el gran sacerdote y sintió su espíritu tranquilo.

Cuando finalmente Xipecotl salió de allí, el destino de Atototl estaba fijado: moriría, junto a otras seis doncellas, al caer el sol.

Los niños, en el patio, rodeaban al recién llegado. Le preguntaban su nombre, cuántos hermanos tenía y cuál era el oficio de su padre. Cuando la curiosidad de todos quedó satisfecha, comenzaron a contarle de la vida en la escuela y de sus profesores. Todos estaban de acuerdo en decir que Xipecotl era un maestro demasiado severo y poco simpático, pero que el profesor que los entrenaba para jugar *tlachli* era entusiasta, bondadoso y tenía la mejor puntería en Tenochtitlán.

—¿Sabes jugar *tlachli*? —preguntaron a Chimalpopoca.

Dime como te vistes y te diré quién eres

En los aztecas, la ropa era un medio para mostrar el rango dentro de la sociedad y existían normas muy estrictas al respecto. Un simple ciudadano sólo podía cubrirse con túnicas hechas con fibras de maguey de color crudo. Los nobles, en cambio, se envolvían en mantos de plumas o de algodón bordado con oro y piedras preciosas. Las telas eran teñidas de verde, azul, amarillo, negro, rojo y púrpura, con motivos geométricos o dibujos de pájaros.

Los aztecas adoraban las joyas, pero en este aspecto la ley era muy severa. Usar un adorno en la nariz, por ejemplo, sin estar autorizado, podía acarrear hasta

la pena de muerte. La mayoría de las personas usaba aros de conchas o de piedras pulidas. Los nobles podían incrustar oro o piedras preciosas en su labio inferior para demostrar su alto rango.

También cada clase tenía su peinado propio. Las mujeres casadas tenían que recoger sus cabellos en una trenza por sobre la cabeza y los guerreros se peinaban con una especie de moño tirante en la nuca.

Las jovencitas se maquillaban con una pasta amarilla de insectos machacados y coloreaban sus dientes en rojo o en negro. También se hacían tatuajes con taponos entintados.



—No, pero sé jugar *patolli*.

—¿Patolli? Ese es un juego de niñas —se rió un gordo.

—Es un juego para hombres inteligentes —se defendió Chimalpopoca, recordando las largas tardes en que, inclinado con su padre frente al tablero, viajaba con sus fichas alrededor de un gran mundo para luego regresar al casillero “casa” y ganar la partida.

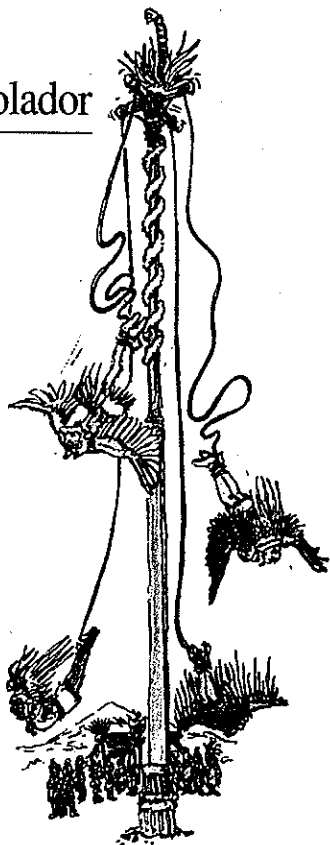
—Aquí no tendrás tiempo para jugar al patolli —le dijo otro compañero—. Cuando



El volador

El Volador era una ceremonia de caza en la cual cuatro hombres, disfrazados de pájaros, se ataban a unas cuerdas amarradas a unos travesaños de madera clavados en unos postes de 30 metros de altura. Sujetos por las cuerdas, se lanzaban al vacío, cabeza abajo, y extendiendo los brazos cubiertos de plumas con un movimiento giratorio. La idea era dar la impresión de aves en vuelo.

Esta ceremonia se sigue realizando hoy en algunas regiones de México, alejadas de las grandes ciudades.



El rojo, la sangre; el negro, la guerra

Los colores, para los aztecas, eran más que símbolos. Si el rojo significaba sangre, es porque era sangre. El negro representaba la guerra, porque el filo de las espadas de batalla estaba hecho con obsidiana negra. El negro era también símbolo de la religión:

los sacerdotes se vestían solamente de negro. El amarillo era alimento, porque el maíz era amarillo; y el verde era color de reyes, que solamente podían usar los jefes, puesto que era el color de las plumas del quetzal.



termina el día estamos tan cansados, que lo único que queremos es dormir.

Así, en pocos minutos, Chimalpopoca se enteró de la vida que le esperaba. Tendría que alimentarse de tortillas, dormir en el suelo y levantarse a media noche para rezar o bien para recoger los insectos negros nocturnos con los que los sacerdotes se teñían el cuerpo. Pero lo peor de todo era que en las mañanas tendría que traspasar sus orejas y lengua con espinas para agradar a los dioses.

Contempló las heridas en las orejas de sus compañeros. Algunos las tenían aún abiertas, mientras otros mostraban unas gruesas callosidades, producto de las cicatrices. Supuso que algunos compañeros, que permanecían en silencio, habían sido demasiado severos en lacerar sus lenguas para agradar a los dioses esa mañana.

—¿Has matado alguna vez un pájaro?

—preguntó uno de los que habían estado callados. Pronunciaba con dificultad.

—Sí, pero hace tiempo.

—Mañana, luego de hacer sangrar tus orejas, deberás sacrificar una perdiz para ofrecerle su corazón al sol.

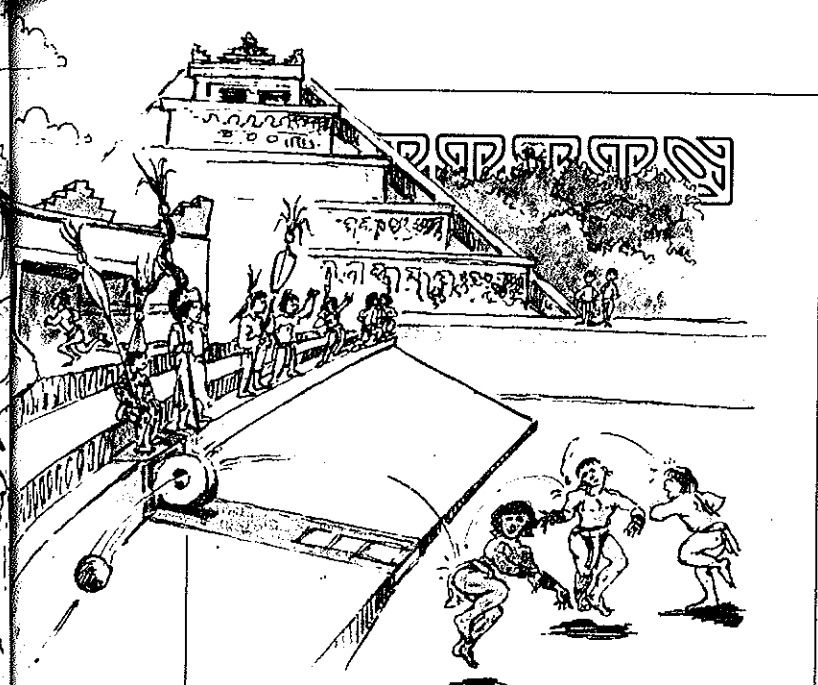


—¡Preséntenme al compañero nuevo!
—la voz del profesor de deportes sonó alegre.

Todos se separaron para hacerle un lugar en el grupo.

—No sólo has venido aquí para hacer sacrificios, Chimalpopoca —le dijo, apoyando su mano en el hombro del niño—. También aprenderás a leer, a escribir, a reconocer las hierbas medicinales, a observar las estrellas, a predecir las sequías y... ¡a ser un campeón del tlachli! ¡Vengan, vamos a presenciar el partido que se está jugando! —los invitó.

Los niños gritaron, entusiasmados. Siguieron al sacerdote hacia un patio largo y



angosto, y se sentaron en las gradas desocupadas que había en uno de los costados. Chimalpopoca observó las filas de calaveras que se alineaban frente a la cancha. Supo que eran huesos de los que habían sido sacrificados alguna vez en el templo principal.

Désvió su vista de la muerte y se concentró en el juego.

Los jugadores se movían por la cancha en pos de una pelota ligera que saltaba y apenas tocaba el suelo. Los espectadores, sentados en las gradas, hacían apuestas y gritaban ante cada acierto. El juego consistía en hacer pasar la pelota por un aro de piedra dispuesto en forma

El tlachtli

El *tlachtli* es un juego de pelotas conocido por los habitantes de México desde mucho antes de la llegada de los aztecas. Como varios otros juegos indígenas, tenía una significación religiosa: creían que el terreno donde se jugaba el *tlachtli* representaba el cielo donde los dioses jugaban a la pelota con las estrellas. Solamente los nobles tenían derecho para jugarlo, el pueblo sólo podía participar como espectador.

El juego consistía en el enfrentamiento de dos equipos que debían hacer pasar la pelota por un estrecho anillo colocado en el campo contrario. Los jugadores sólo podían usar sus rodillas, sus codos y sus caderas para tocar la pelota: era un juego extremada-

mente difícil. Como el suelo — sobre el que caían continuamente — era de piedra, los hombres tenían que usar guantes y rodilleras para protegerse, pero así y todo los accidentes eran frecuentes.

Los aztecas eran un pueblo muy aficionado a los juegos de azar. Para tener suerte se encomendaban a Cinco Flores, el dios del juego. Apostaban grandes fortunas, y muchas veces, cuando habían perdido hasta la ropa, terminaban apostando su libertad y vendiéndose ellos mismos como esclavos.

Otro de sus juegos era el *patolli*, que se practicaba con un tablero, parecido al ludo. Para contar se usaban habas.



vertical en el campo del adversario. Cada equipo tenía que cuidar su propio aro y los jugadores sólo podían tocar el balón con las piernas, caderas o codos. Mientras más miraba el juego, más difícil le parecía al niño poder aprenderlo. Los hombres se contoneaban para impulsar la pelota con sus nalgas cubiertas por cinturones de cuero; de ahí la pelota saltaba al hombro de un compañero, el que a su vez la enviaba al aire. Otro la recibía con su codo o su cadera y la lanzaba directo al aro del contendor. Cada vez que la pelota entraba al aro los gritos de las graderías aumentaban y también las apuestas. Chimalpopoca, de pronto, se encontró alentando a los jugadores con el mismo entusiasmo de sus compañeros. Cuando terminó el partido, sus mejillas estaban rojas y la alegría anidaba en su espíritu.

El sonido de un cuerno les recordó que debían volver a sus aulas.

—¿Adónde vamos ahora?—susurró Chimalpopoca a uno de sus compañeros.

—Escritura —respondió éste, empujándolo hacia la salida.

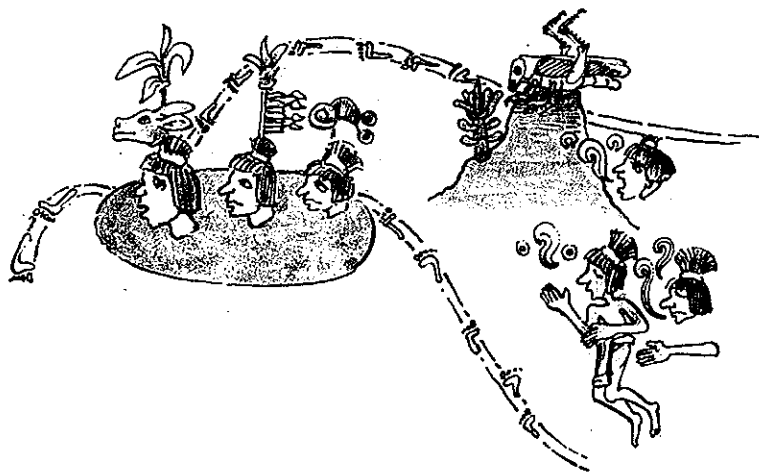
La vuelta a la sala de clases fue en silencio. El profesor los esperaba con un papel

Escribiendo con dibujos

Los aztecas no tenían alfabeto, por lo que escribían con dibujos o glifos. Sus libros estaban llenos de pequeñísimos dibujos, que seguían unas leyes muy estrictas: para demostrar que un objeto estaba lejos, por ejemplo, lo colocaban en lo alto de la página. Si un hombre aparecía más gordo que otro, significaba que era más importante; cuando a una figura le salían unas redondelas azules de su boca, era porque estaba hablando; unas

huellas de pies sobre la página querían decir que alguien partía de viaje.

Luego de la conquista y de los incendios que arrasaron con los libros aztecas, los misioneros españoles animaron a los artistas indígenas para que ilustraran sus antiguas costumbres. Gracias a ellos, podemos conocer hoy muchos aspectos de esa magnífica civilización, devorada en gran parte por las llamas.

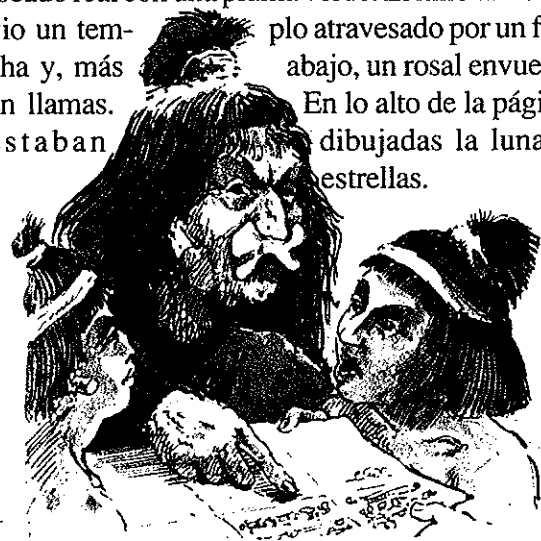


desplegado: era una banda de once metros, que al estirarse mostraba los pliegues con que había sido doblada.

El profesor indicó a uno de los niños que se acercara.

—Lee —le dijo. Luego se volvió hacia Chimalpopoca y agregó—: Tú, no pierdas detalle.

Sobre el primer pliegue del papel aparecía la figura de un hombre. De su boca salían unos globos azules. Bajo el hombre, Chimalpopoca observó los dibujos de huellas de pies y también un cuchillo de sílex al lado de un punto; luego, un tocado real con una pluma verde. El niño también vio un templo atravesado por un flecha y, más abajo, un rosal envuelto en llamas. En lo alto de la página estaban dibujadas la luna y las estrellas.



La piedra calendario

El monumento más impresionante del sistema astrológico azteca es la *piedra-calendario*, de tres metros y medio de altura. Representa la historia del mundo según la cosmología azteca.

En el centro está la figura del dios sol, con veinte nombres de días a su alrededor, escritos con signos jeroglíficos. Dos grandes serpientes, cuyas fauces se tocan, son símbolos del tiempo.

Esta piedra fue descubierta en

1790, cuando restauraban la catedral de la ciudad de México, construida encima del templo azteca.



Día de la serpiente: el día para viajar

Los aztecas no emprendían nada nuevo sin consultar antes a un sacerdote. Los sacerdotes eran los únicos que podían leer el *calendario sagrado* —que era el

distinto al calendario solar—, ya que habían estudiado astrología en el *calmecac* o escuela de sacerdotes. Ellos podían decir si un día era bueno o malo para viajar



—Lee —insistió el profesor a su alumno. Chimalpopoca no entendía nada. Pero su compañero, luego de analizar con mucha atención cada una de las figuras, habló como si contara una historia:

—El hombre cuenta que el año uno Silex, el rey Pluma de Jade partió una tarde a conquistar la ciudad del Rosal Ardiente.

—Muy bien —aprobó el profesor.

—¿Cómo lo supo? —preguntó Chimalpopoca, maravillado.

—Dile tú —ordenó el profesor a otro niño.

Entonces Chimalpopoca comprendió que los globos azules que salían de la boca de una persona indicaban que ella estaba hablando. Para interpretar lo que decía, había que observar las otras figuras que lo acompañaban: la línea de huellas significaba que un hombre había partido de viaje; el cuchillo de silex junto al punto quería decir que eso había sucedido el año uno Silex. La peluca real, coronada por una pluma verde, se refería al rey Pluma de Jade, que era el viajero que había partido a conquistar una ciudad, representada por el templo atravesado por una flecha. El rosal y el fuego daban el

o para emprender una batalla. Así, el día 1 de la Serpiente era bueno para que los mercaderes emprendieran sus viajes; el día 7 de la Flor era favorable a los artistas y el 4 del Perro era un

día de buena suerte para todos. Pero el pobre niño que nacía el día 1 del Oso tenía un triste porvenir: era seguro que moriría como prisionero de guerra.

Los días vacíos

El *calendario solar* azteca constaba de 365 días, divididos en 18 meses de 20 días cada uno. Los cinco restantes eran los *días vacíos* o *nemontemi*, que eran días nefastos, que no se nombraban ni se contaban, así como en muchos edificios hoy se ha eliminado el número trece.

Durante los días vacíos, los fuegos se extinguían, el ayuno era general, los artesanos abandonaban su trabajo, los negocios quedaban interrumpidos. Al finalizar el quinto día, los sacerdo-

tes volvían a consultar sus libros calendarios, observaban que las estrellas seguían alumbrando el cielo y comprendían que el mundo no iba a terminar. Entonces salían a buscar una víctima y cuando la encontraban le abrían el pecho, le arrancaban el corazón y en la herida aún sangrante encendían un fuego. Con este fuego volvían a encenderse todos los fuegos de los templos de México, y se mantenían encendidos durante todo el nuevo año.



nombre de la ciudad: Rosal Ardiente. La luna y las estrellas en lo alto de la página, significaban que todo había transcurrido durante la noche.

Chimalpopoca estaba fascinado. Ahora sí que le gustaba el calmecac. Mientras no tuviera que pincharse la lengua y las orejas, ni sacar el corazón a pajaritos, todo estaba bien: le había encantado el juego de la pelota y se sentía orgulloso de aprender a leer las historias de los dioses y de sus antepasados. Quizás algún día él sería capaz de escribir uno de sus sueños y, por supuesto, dibujaría al dios blanco con sus ojos azules y también a Chimalpopoca dándole la bienvenida, con los brazos extendidos y grandes globos azules saliendo de sus labios.

Esta vez el sonido del cuerno fue largo y vibrante; anunciaba el término de la clase y el inicio de la ceremonia religiosa de las tardes, que era presenciada por los alumnos.

Con el profesor a la cabeza, Chimalpopoca caminó con sus compañeros entre las angostas calles. La gente abría paso con respeto a los futuros pequeños sacerdotes. El niño se sintió importante y le pareció que llevaba largos años en el calmecac.



En la gran plaza, al pie del templo de sacrificios, ya se había reunido una multitud de gente. Era el día dedicado a Tlaloc, el dios de la lluvia, y habría numerosas víctimas. Hombres y mujeres vestían trajes de papel multicolores y sus brazos y piernas estaban teñidos de azul. El colorido y brillo de la multitud contrastaba con las figuras negras y de cabellos largos y lisos de los sacerdotes. Músicos y bailarines estaban también allí, ofreciendo a los dioses su arte: el quejido profundo de un caracol marino se escuchó primero que nada.



Luego, dos notas de un tambor de madera batido por un palo con punta de goma lo siguieron fuertes y monótonas. Y como si el aire de las flautas hubiera empujado al viento, el olor dulzón de la muerte llenó la plaza. Los bailarines, entonces, comenzaron a mover sus pies y el sonido de los cascabeles amarrados a los tobillos no perdió el compás.

Los futuros sacerdotes esperaron la orden de subir hacia la plataforma del templo. Ellos tendrían el privilegio de presenciar de cerca el sacrificio de las doncellas. Cuando el lamento del caracol marino se prolongó y callaron los tambores y las flautas, el profesor hizo un gesto con su brazo y los once niños comenzaron a ascender las gradas de piedras.

Ahora el corazón de Chimalpopoca se agitó. Se enfrentaría a lo que él tanto temía: la muerte.

Miró hacia arriba, pero fue lo mismo que si tratara de ver lo que sucedía en el cielo. Treinta metros de escalinatas lo separaban de esa misteriosa cima de piedra que hoy conocería. Ahí esperaban las víctimas, las mismas que ese día se ofrecerían al dios, en cambio de la lluvia que no quería caer.

El mes del deshuesamiento

Todos los meses del calendario azteca tenían nombres descriptivos.

Así, el primer mes se llamaba Atlocoulaco, o falta de agua, y en él había ceremonias, desfiles y sacrificios. El segundo mes era Tlacaxipeualitzli, que significaba deshuesamiento de los hombres; en él, durante dieciséis días, había ceremonias y desfiles con sacerdotes danzando sobre las pieles de las víctimas desolladas ofrecidas en sacrificio.

El tercer mes, Tozoztontli, empezaba con ayuno, y si esto no conmovía el corazón del dios de la lluvia, Tlaloc, entonces los sacerdotes organizaban otros sacrificios en honor de Xipé.

En cuanto al duodécimo mes

—Teotleco—, señalaba el regreso de los dioses a la Tierra y era el mes de las diversiones para grandes y chicos. El decimo-séptimo mes —diciembre— traía el frío. Durante esos días trataban de conmover el corazón del dios de la lluvia llorando: primero lloraban las mujeres, luego los hombres. Después los hombres golpeaban a las mujeres con sacos llenos de paja para hacerlas llorar más fuerte.

Y así, mes a mes, se sucedían distintas ceremonias, sacrificios humanos o festivos, hasta que se cumplían 360 días. Los cinco días restantes eran los cinco días vacíos, durante los cuales la gente se sentaba sin hacer nada, a esperar...



Subieron en silencio. Tras ellos quedaba una multitud expectante y bulliciosa. El ascenso se le hizo interminable: eran cientos de peldaños los que el niño tendría que escalar esta vez. Los hombres y mujeres, que desde abajo los contemplaban con admiración, comenzaron a silenciar sus voces y músicas a medida que los niños del calmecac se acercaban a la cumbre. El olor a incienso y sangre seca comenzó a intensificarse. Chimalpopoca sintió que la cabeza le daba vueltas, y no sabía si era por el esfuerzo de la subida o por esos vahos penetrantes que se pegaban a sus narices y que le hacían recordar el olor a pescado descompuesto. Pero él sabía que no era pescado, sino cadáveres humanos los que desprendían esa hediondez.

El entusiasmo inicial del niño se estaba transformando en una sensación extraña y oprimiente. Cuando por fin los pies de los alumnos pisaron las últimas gradas de la escalera, las figuras de dos sacerdotes con sus cuerpos embetunados y vestidos con túnicas donde se mezclaban los colores de las tinturas con el de la sangre seca, aparecieron ante ellos.

Chimalpopoca siguió a sus compañeros que se alinearon a un costado de la enorme

La leyenda de Quetzalcoatl

Según la leyenda, el dios Quetzalcoatl se había declarado en contra de los sacrificios humanos y como protesta había partido al exilio, adentrándose en el Atlántico. Prometió regresar en el aniversario de su nacimiento, "para restablecer su gobierno". Su nacimiento había sido en el año 1 Caña, que caía en el año 1519, cuando llegaron los españoles a México. Por otra parte, ese año se produjeron en el valle de Anáhuac una serie de fenómenos naturales, que los

aztecas interpretaron como presagios de mal agüero: nevó en México; el volcán Popocatepetl, que había permanecido tranquilo durante mucho tiempo, entró en actividad. También nació, en Tenochtitlán, un niño con dos cabezas.

Cuando los españoles llegaron a Tenochtitlán, Moctezuma ya había escuchado, por boca de los mayas, que unos extraños hombres barbados habían llegado de la mar océano en grandes naves.



planicie de sacrificios, dando la espalda a la puerta del templo. Dos enormes braseros, casi al borde del acantilado de piedras, lanzaban sus humos hacia lo alto y velaban el paisaje de valles y cerros pelados.

Las manos de los sacerdotes que cuidaban los braseros se alzaban una y otra vez y de sus labios nacían invocaciones monótonas y largas que recordaban el canto de la caracola.

Estaban en la cima del mundo, más cerca que nunca de los dioses. Quizás Tlaloc apareciera de pronto junto a ellos para recibir la nueva ofrenda.

El sacerdote que tenían al frente ya daba inicio a la ceremonia.

Los vestidos de papel de las doncellas crujieron antes de hacer su aparición por la puerta del templo que coronaba la plataforma de los sacrificios.

—¡Tlaloc! ¡Tlaloc! ¡Tlaloc!

El clamor enardecido de la muchedumbre comenzó a aumentar en intensidad, a medida que las muchachas iban apareciendo y se alineaban al borde de la plataforma, desde donde podían ser contempladas por el pueblo.

Incienso y corazones humeantes

Los aztecas creían que un día los dioses se habían sacrificado para crear al sol. Y para seguir manteniendo al sol vivo, eran los hombres ahora los que tenían que alimentarlo con su sangre.

Los templos aztecas eran construidos con enormes bloques de piedras extraídos de las montañas que rodean el valle de México. Se elevaban, muy altos, para estar más cerca de los dioses. Los artistas esculpían en sus muros grandes cabezas de serpiente y águilas guerreras. Sobre la plataforma superior de los templos se encontraban dos santuarios: uno dedicado a Tlaloc, el dios de la lluvia, y el otro al Pájaro-Mosca Azul.

Los españoles destruyeron casi todos los templos, pero los cronistas dejaron descripciones

de ellos, gracias a las cuales podemos conocerlos hoy.

Todos los caminos llevaban al gran templo, en medio de la ciudad de Tenochtitlán, el que sobrepasaba en altura las otras construcciones. Se llegaba a su interior luego de subir cientos de escalones de piedra. Sobre la plataforma superior del templo, el humo del incienso y de los corazones humanos quemados subía hacia el cielo. Los sacerdotes encargados de estos sacrificios cantaban y danzaban durante horas, animados por las drogas que contenían las pinturas con las que embadurnaban sus cuerpos.

Se calcula que solamente en los templos de Tenochtitlán había cinco mil sacerdotes. Vestían de negro y sus sotanas o *tilmantli* estaban adornadas con una cenefa de calaveras y vísceras.



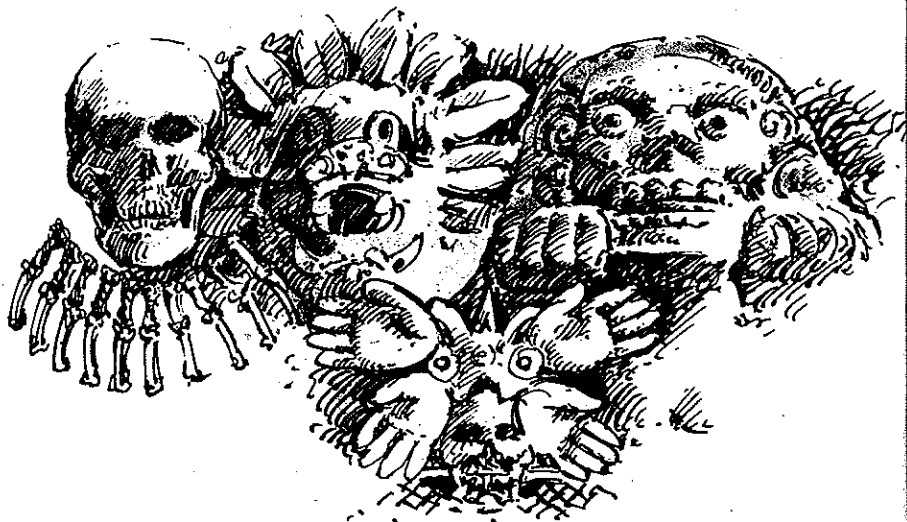
Eran ocho. Todas jóvenes, vírgenes y temblorosas. Algunas miraban de frente, con sus ojos fijos y secos; otras agachaban la cabeza para que los sacerdotes no vieran sus lágrimas. Una de ellas trastabilló junto al brasero y emitió un quejido. Cuando la mano firme del sacerdote la sostuvo y la joven levantó el rostro, el grito de Chimalpopoca fue tan agudo que se escuchó hasta en el último rincón de Tenochtitlán.

¡Era su hermana Atototl! La misma que en algunos meses más se iba a casar con el adivino del palacio. ¿Qué hacía ahí? ¡Si recién esa mañana se habían bañado juntos, antes de que él saliera hacia el templo con su padre!

Un cielo para cada uno

Los aztecas representaban la Tierra como un disco rodeado de agua. Partiendo de la Tierra hacia el cielo se llegaba al paraíso. Cada dirección tenía un cielo diferente. Las almas de los guerreros subían hacia el paraíso del sol, al este. Las de las mujeres muertas durante el parto se iban

al paraíso de la tierra, al oeste. Las de las personas ahogadas se iban hacia el paraíso de la primavera de Tlaloc, al sur. El resto se iba al norte; región gobernada por el dios de la noche y la diosa del día. Esta era una pareja terrorífica, que usaba máscaras hechas con cráneos humanos.



La voz del niño se acalló con una violenta bofetada y los dedos de Xipecotl quedaron marcados en rojo sobre su mejilla.

—Un sacerdote no grita —las palabras del profesor sonaron arrastradas. En sus ojos había gozo y en su boca crueldad—. Deberías enorgullecerte de que el corazón de tu hermana se ofrezca a Tlaloc.

La cabeza de Chimalpopoca dio vueltas. Sentía la tenaza terminada en largas uñas que oprimía su cuello. Esta era su peor pesadilla y tan asustado estaba que era incapaz de recordar su verdadero nombre para pronunciarlo y así despertar.

La primera de las doncellas avanzó. El color había desaparecido de su rostro y se veía amarilla como el maíz. Las venas del cuello le latían y su cuerpo se estremecía como expuesto a los vientos helados.

Ella misma se tendió sobre la piedra de los sacrificios y cerró los ojos.

Cayó el cuchillo sobre su pecho y con dos movimientos hondos y enérgicos el sacerdote abrió una hendidura. La sangre fresca cubrió la sangre seca de la túnica del hombre y salpicó también su rostro y cabello. Y mientras un

Un dios para cada ocasión

Había dioses para cada ocasión de la vida: cada planta tenía su dios, cada función tenía su dios o diosa, e incluso los suicidas tenían uno. Pensaban que éstos observaban continuamente y que se ponían furiosos cada vez que no se les ofrecía sacrificios y fiestas.

El dios más terrible era *Huitzilopochtli*, el Hechicero Colibrí. Era el sol, el eterno guerrero que entablaba batallas con los otros dioses para cuidar la supervivencia del hombre: cada día luchaba contra la noche, las estrellas y la Luna, y armado con sus dardos traía el nuevo día.

Los hombres le estaban agradecidos al sol y no podían vivir sin él, por lo tanto debían alimentarlo con la sustancia que le había dado vida: la sangre. La leyenda del sol decía que los dioses se habían sacrificado para crearlo.

Los dioses más importantes eran el *Pájaro Mosca Azul*, dios del sol de mediodía; *Coatlicue*, su madre; y *Tezcatipocla*, dios de la noche. Cuando los aztecas se hicieron agricultores y sedentarios, comenzaron a rezar al dios de la lluvia, Tlaloc, y a la diosa de la tierra, que hace crecer las plantas.



sacerdote recogía el cuerpo inerte de la muchacha y lo lanzaba hacia abajo por el borde del acantilado, otro levantaba el corazón aún palpitante y lo ofrecía al cielo.

—¡Tlaloc! ¡Tlaloc! ¡Tlaloc!

En medio de las aclamaciones, el corazón de la joven ardió en la marmita de incienso, mientras los sacerdotes se contorsionaban en una danza de súplica.

Avanzó la segunda doncella.



La guerra florida

Fue gracias a la guerra que los aztecas conquistaron su inmenso imperio. Cuando el rey y su consejo decidían apoderarse de una ciudad, enviaban primero a delegados que ofrecían un pacto comercial a cambio de la guerra: la ciudad elegida debía comprometerse a adorar al dios Pájaro-Mosca Azul y enviar cada año ciertos tributos a Tenochtitlán. Si éstos se negaban al pacto, los aztecas les daban flechas y escudos para que se defendieran y luego —con ayuda de los sacerdotes— elegían una fecha para la batalla. Las batallas eran cortas y feroces y siempre terminaban con el triunfo de los aztecas.

Los prisioneros eran ofrecidos en sacrificio a los dioses.

Como en tiempos de paz los aztecas también necesitaban víctimas para hacer los sacrificios, organizaban entonces combates con otras ciudades a los que llamaban la *Guerra Florida*. Cuando había suficientes prisioneros, los sacerdotes interrumpían y daban por terminada la batalla. Así pues, la guerra para los aztecas era inseparable de la religión: ¿de qué otro modo podían obtener corazones humanos? Para ellos, el dejar de alimentar a los dioses podía conducir a la destrucción total del mundo.



La sangre de su compañera manchó sus plantas, pero ella pareció no advertirlo. Estaba tan rígida como el cuerpo de piedra de las serpientes que adornaban la entrada del templo. Esta vez Chimalpopoca no quiso mirar más y cerró los ojos, pensando que si lo deseaba con fuerza, nuevamente en su sueño aparecería el dios blanco que lo haría despertar. Se tapó los oídos para no escuchar los aullidos que subirían de la plaza cuando el cuerpo fuera arrojado hacia abajo y el corazón se mostrara en lo alto.

Xipecotl se ubicó junto al gran sacerdote que contemplaba la ceremonia bajo un palio. Cuando la segunda víctima fue arrojada al vacío, el rostro del profesor se tensó bajo las pinceladas que lo coloreaban y una sonrisa de satisfacción asomó a sus labios: ahora le llegaba el turno a la joven Atototl, la prometida de ese vanidoso adivino de Moctezuma.

Atototl, la tercera víctima, avanzó. Sus ojos estaban velados por las lágrimas, pero no había pena ni angustia en ellos. Era como si una máscara llorara. De su boca no salía ni un solo sonido, pero estaba semiabierta en un grito mudo. Era Atototl, sin embargo no era ella: era una esfinge en movimiento. El sacerdote tuvo

Gritos y aullidos

Si bien los españoles, en el campo de batalla, producían pánico entre los indígenas con sus caballos y sus perros de guerra, a su vez los indios aterrizaron a los hombres blancos con sus gritos de ataque. "Cargaban con ferocidad", dice el cronista López de Gómara, "y luchaban en un estruendo de gritos y de aullidos... Sus propios gritos los enardecían. Algunos daban unos silbidos tan agudos, que aterraban a quienes no estaban habituados a estas prácticas..."



que tomarla de un brazo para ponerla frente a la piedra.

Chimalpopoca no resistió el silencio y esta vez un aullido de coyote herido salió de su garganta. Perdió la conciencia de dónde estaba, olvidó los ojos castigadores y las palabras duras de Xipeotl, y trató de soltarse de los brazos de sus compañeros que lo sujetaban.

Entonces, y sorprendentemente, la multitud comenzó a gritar. Los sacerdotes se miraron sorprendidos: no era el momento para demostrar euforia, puesto que la tercera víctima aún estaba con vida. Sin embargo el griterío aumentó. Atendiendo al gesto del gran sacerdote, Xipeotl avanzó hasta la orilla de la terraza y miró hacia abajo. La multitud ahora era una infinidad de cuerpos que daban la espalda al templo; algunos habían caído de rodillas. Desde lejos brilló el atavío del rey Moctezuma. Lo escoltaban dos largas filas de guerreros y hombres y mujeres le abrían camino para que pudiera avanzar.

Xipeotl levantó sus manos y los sacerdotes se acercaron a la orilla de la escalera de mil peldaños. Sólo el sacerdote verdugo siguió junto a la gente joven, a la espera de una orden.

Los jardines flotantes

Para aumentar las áreas de terreno de cultivo, los indios extendieron su superficie llenando con tierra cestas de caña entretejidas, de 75 centímetros cuadrados, y amarrándolas en aguas profundas. Estos *jardines flo-*

tantes, o jardines de cestas, se mantenían en su sitio por medio de estacas y en la tierra así formada se cultivaban plantas.

Alrededor de la ciudad de Tenochtitlán existían millares de estos jardines.

Plumas y abanicos

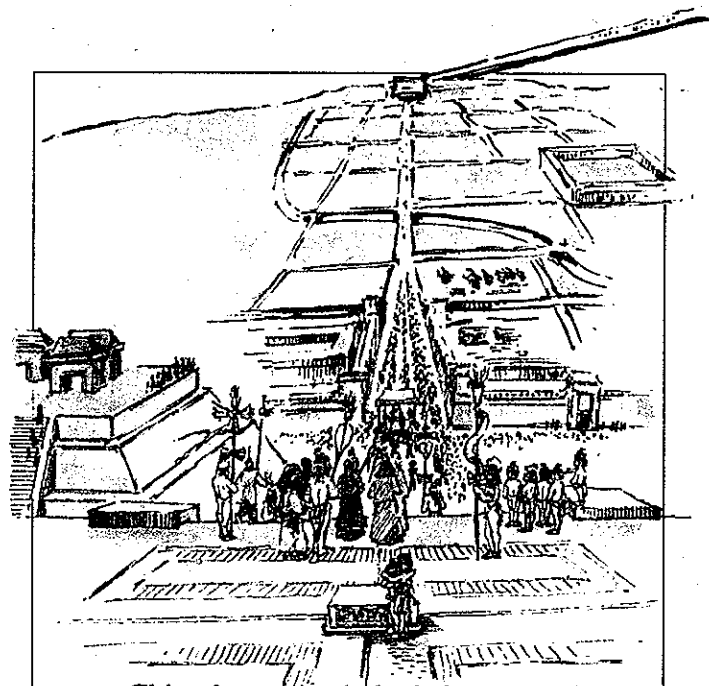
Los jefes guerreros lucían enormes peinados adornados con abanicos de plumas de colores. Se reconocía a los mejores guerreros, los *Aguilas* y los *Jaguas*, por sus yelmos con plumas y sus pieles de animales.

El ideal de un joven guerrero era capturar a tres hombres vivos. Cuando lograban hacer esto,

podían atarse el cabello en un moño sobre la cabeza.

El alma del que moría en el campo de batalla subía hacia un lugar maravilloso, cerca del sol.

La escuela de los guerreros se llamaba *tepochcalli* y a ella entraban los niños a la edad de ocho años.



Chimalpopoca aún luchaba para soltarse de los brazos de sus compañeros, cuando de pronto se sintió libre: todos corrían a mirar. El también lo hizo, pero hacia su hermana que, semidesvanecida, se apoyaba en la enrojecida piedra.

El gran sacerdote había abandonado su palio. Y a la vista de la comitiva real que se acercaba, ordenó detener el sacrificio y bajó a recibir al rey.

Chimalpopoca, junto a su hermana, no sintió pasar el tiempo. Ni siquiera hacía preguntas, sólo estrechaba las manos de Atototl y hundía la cabeza en su regazo. ¡No había soña-

La cera perdida

La artesanía de las plumas se trabajaba en familia. Los niños preparaban el pegamento a base de excrementos de murciélagos, las mujeres teñían las plumas más feas y el hombre preparaba los bastidores con telas y fibras de cactus, sobre los que pegaba las plumas formando figuras.

Las plumas más caras eran las del pájaro verde sagrado —el *quetzal*— y las del pájaro mosca azul.

Los artesanos aztecas trabajaron el jade y la obsidiana, pero con instrumentos muy rudimentarios. También moldearon objetos en oro, usando un método llamado *cera perdida*: hacían un modelo en arcilla, lo recubrían de cera y luego agregaban otra capa de arcilla. Calentaban luego la cera, y ésta se escurría por un hoyo abierto en el fondo del molde. Entonces introducían oro fundido en el espacio que había dejado la cera. Cuando se enfriaba, bastaba con quebrar la arcilla

para obtener la figura deseada.

Los españoles no apreciaron la artesanía azteca e hicieron fundir todos los objetos de oro que encontraron. Sólo se salvaron de la destrucción algunas figuras y máscaras enterradas con los muertos en las tumbas.



do, todo era real! Y también era real que Moctezuma avanzaba hacia ellos. Era tal la conmoción que reinaba en la plaza y en el templo de sacrificios, que hasta el sacerdote verdugo había abandonado su puesto.

Moctezuma, ahora, subía las escaleras, escoltado por dos caciques y precedido de un hombre que limpiaba los escalones a su paso. Cuando llegaron a la gran terraza de piedras, todos los que ahí estaban agacharon la cabeza. Nadie lo miraba a la cara. Tanto los sacerdotes como los jóvenes estudiantes y las doncellas que aún permanecían con vida, se postraron de bruces y enterraron sus rostros en el suelo. Chimalpopoca, de rodillas junto a su hermana, giró apenas la cabeza y nadie hubiera dicho que sus ojos no perdían detalle.

Ahí estaba el rey. Venía ricamente ataviado. Calzaba unas sandalias con suelas de oro y bordadas con pedrerías. Tenía la misma estatura de su padre, aunque su piel era un poco más clara. Su rostro largo, muy pulido y limpio, parecía alegre y bondadoso; al menos ésa fue la impresión que le dio al niño. Lucía una capa bordada en oro, que se amarraba al cuello con un collar de piedras preciosas que le cubría el

Maravillas con plumas

“En el palacio de Moctezuma había diez estanques de agua de inmensas proporciones en los que se guardaba toda clase de aves acuáticas”, escribió Hernán Cortés.

Había trescientos empleados para vigilar las aves y encima de cada estanque se levantaban balcones hábilmente dispuestos, desde donde Moctezuma se podía recrear contemplándolas.

“En otro lugar había jaulas para las aves de tierra de la más variada especie que nadie pueda imaginar”, sigue contando Cortés. “Durante la

muda, las plumas eran recogidas, seleccionadas y llevadas a los tejedores de plumas”.

El tocado que Moctezuma envió a Hernán Cortés, cuando éste desembarcó en Veracruz —al creer que el español era Quetzalcoatl que venía a reclamar su imperio— es sólo una muestra del arte azteca en la confección de mosaicos y tocados de pluma.

Hernán Cortés envió el tocado de plumas de quetzal al emperador Carlos V.

Actualmente se halla expuesto en un museo de Viena.



pecho. La frente erguida sostenía una corona pequeña que dejaba caer en la espalda un penacho de plumas verdes.

La voz del rey hizo que Chimalpopoca volviera a hundir con fuerza su cabeza entre los pliegues de papel del vestido de su hermana.

—Gran sacerdote: tengo noticias de que los hombres blancos y barbados que llegaron desde el mar están a las puertas de Tenochtitlán. Yo te ruego que invoques al gran Quetzacoatl y te unas a los sacerdotes de palacio para salir a recibirlos.

—¡Liberen a las doncellas y unámonos a nuestro rey! —ordenó entonces el gran sacerdote con la voz entrecortada—. Quetzacoatl así lo quiere —y mirando a Xipecotl, agregó—: el vaticinio ha sido cumplido.

Una numerosa prole seguía a Moctezuma.

Tras ellos y junto a sus compañeros del calmecac, Chimalpopoca no contenía su excitación. Hubiera querido correr para besar antes que nadie los pies del dios que había salvado a su hermana. Era cierto lo que ella le había contado: Quetzacoatl enviaba a sus emisarios

El Señor de los Muertos

Cuando un hombre se estaba muriendo, la familia llamaba a un hechicero para que lo confesara. Este conversaba con el moribundo y hacía invocaciones a los dioses para que muriera como un buen azteca.

Una vez muerto, preparaban el cuerpo para el funeral. Primero le ponían en la boca una piedra verde, que representaba el corazón. Luego se envolvía a la momia y se le preparaba comida y bebida. Se lo rodeaba, además de los alimentos, con los objetos que usaba en vida, tales como adornos o armas.

Cada difunto partía al encuentro del dios que lo había protegido en vida: los caballeros del Aguila, los guerreros y las muje-

res valerosas, iban a la tierra de Tlaloc, el dios de la lluvia. El dios de la lluvia recibía también a los que habían muerto ahogados, por ser también el dios del agua.

Cuando el alma llegaba al reino del *Señor de los Muertos*, dejaba allí en prenda la piedra verde, y luego era asignado a algún lugar de los infiernos, que eran nueve.

Para los aztecas el infierno no tiene la misma connotación que le dan los cristianos, ya que para ellos la conducta en vida no determinaba el lugar que habría de ocupar el alma en la otra vida. Para ellos el infierno es sólo el mundo de las sombras, que es el mundo de los muertos.



para anunciar su regreso. Y cuando él llegara haría que las lluvias cayeran sobre Tenochtitlán, y que los vientos soplaran suaves, y que la tierra no temblara más, sin necesidad de sacrificios de corazones humanos.

Los ojos de Chimalpopoca buscaron al adivino de palacio. Iba más adelante, con el grupo de los nobles. El niño se separó de sus compañeros y, bordeando la comitiva, se deslizó hasta llegar a su lado. El rostro del adivino se veía impenetrable, pero su paso ágil y la luz que brillaba en sus pupilas mostraron a Chimalpopoca la alegría de su corazón. Se atrevió a tocarle un brazo y el saludo fue devuelto con un leve apretón en su mano.

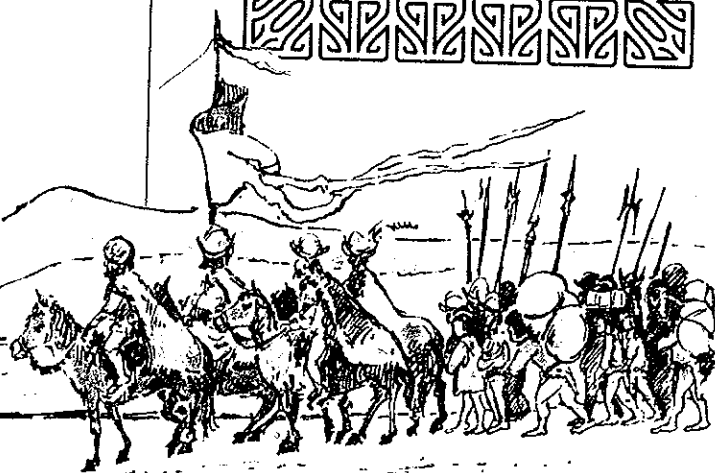
Más atrás caminaba el gran sacerdote, con sus hábitos oscuros, seguido por los otros sacerdotes del templo, cuyos cabellos enmarañados casi arrastraban por el suelo. Entre ellos iba Xipecoatl, hosco y taciturno. Chimalpopoca, asustado por su audacia, corrió de vuelta a su lugar, rogando no haber sido visto por el profesor. Sin embargo, aunque lo hubiera visto, ya no le importaba demasiado: no volvería al calmecac. Se sentía apoyado por el espíritu del único dios que no gustaba de los sacrificios y que



había vuelto a Tenochtitlán. Después de lo que había pasado esa tarde, estaba seguro de que su padre lo apoyaría y lo dejaría cumplir su vocación: ser guerrero.

A la procesión de Moctezuma, que ya contaba con unos cien hombres, se unió otra de idénticas proporciones. Ambos grupos caminaron arrimados a las orillas de la calle. El rey iba entre ambas hileras transportado en andas y cuatro caciques sostenían un palio sobre su cabeza.

¡Qué imponente se veía su rey! ¡Qué serenidad en sus ademanes y qué gallardía en su porte!



En pocos minutos llegaron a las puertas de la ciudad.

Entonces Moctezuma y los suyos vieron que al otro lado del puente y frente a ellos estaba detenida otra gran comitiva.

Había cientos de guerreros de piel blanca y rostro cubierto de cabellos. Algunos iban montando en enormes animales que les obedecían. Y a la cabeza de todos estaban un hombre y una mujer.

La mujer era una indígena, igual que ellos, pero el hombre... ¡era el de los sueños de Chimalpopoca: su dios blanco!

El niño lo contempló, boquiabierto.

Castigo si, pero en vida

Para los aztecas robar era una aberración, y el castigo era restituir algo equivalente a lo robado. Si el ladrón no podía hacerlo, era condenado a muerte, expulsado de su clan o reducido a la esclavitud. Los que robaban objetos sagrados eran lapidados.

Otro crimen atroz para ellos era el asesinato. Y si el asesinato había sido cometido mediante prácticas de hechicería, el crimen era aún más atroz, y en estos casos la sentencia de muerte se cumplía sólo luego de someter al condenado a las peores torturas.



Vestía un traje duro, que brillaba con las últimas luces de la tarde. Su cabeza estaba cubierta por un gorro del mismo material. Desde lejos supo Chimalpopoca que los ojos del hombre-dios eran azules como el cielo de Tenochtitlán en verano.

Moctezuma se detuvo y todos tras él lo imitaron.

Al otro lado del puente, la comitiva comenzó a avanzar.

Unos a otros se miraban en silencio y Chimalpopoca, sin darse cuenta de lo que hacía, se adelantó hasta ubicarse junto a los que encabezaban la fila. Era una pequeña figura expectante que casi no se veía tras las vestiduras negras de uno de los sacerdotes.

Moctezuma se bajó de las andas. Dos caciques lo tomaron de cada brazo y otros levantaron el palio, cuyas plumas verdes, perlas y piedras atrajeron la atención del hombre blanco. Los ojos de los extranjeros se abrían, inmensos, para mirar el lujo del atavío del rey azteca.

El rey levantó la voz y les dio la bienvenida. Los extranjeros no le entendieron, pero la indígena que estaba junto a ellos tradujo sus palabras. El hombre de ojos azules sonrió y sacó

El Uno que Habla

El gobernante de los aztecas era el *Uno Que Habla*. Este era elegido por un Consejo, que agrupaba a los más ancianos y sabios jefes de los clanes de la ciudad.

Este Consejo se reducía a cuatro principales, que pasaban a ser

consejeros del gobernante una vez que éste era elegido de entre los *tlatoani* o nobles parientes del soberano anterior.

Cuando llegaron los españoles, el Uno que Habla era Moctezuma.

El Señor Valeroso

Bernal Díaz describió así al Señor Valeroso o Moctezuma:

“Sería el gran Moctezuma de edad de cuarenta años y de buena estatura y bien proporcionado, y cenceño y pocas carnes, y la color no muy morena, sino la propia color y matiz de indio y tenía los cabellos no muy largos y pocas barbas prietas y bien puestas y ralas... era muy limpio y

pulido, bañábase cada día, una vez en la tarde... Tenía doscientos jefes de su guardia y cuando le iban a hablar, las personas se habían de quitar las mantas ricas y ponerse otras de poca valía... y habían de entrar descalzos y los ojos puestos en tierra y no mirarle la cara, y hacerle tres reverencias...”



un collar de un bolso que colgaba en su cinto: tenía piedras de vidrio y dentro de cada piedra se veían diversidad de colores. Estaban ensartadas en unos cordones de oro que despedían un agradable olor a almizcle.

El extranjero se acercó a Moctezuma y puso el collar alrededor de su cuello. Hizo el intento de abrazarlo, pero los caciques lo cogieron por un brazo y con gesto despectivo lo alejaron de su rey.

Todo esto veía Chimalpopoca tras su escondite negro. Y fue cuando asomó la cabeza que el dios blanco lo miró. El niño sonrió mostrando el esplendor de sus dientes blancos



La muerte: una complicación para los parientes

La muerte era una complicación para los parientes. Estos se veían obligados a hacer penitencia a causa del fallecimiento y llevar luto durante ochenta días. El luto significaba que se tenían que privar en la comida y en el bebida. También debían preocuparse de colocar regularmente comida y bebida junto a la urna del muerto, y ofrecerle oraciones y sangre, mediante cortes en la orejas o en la lengua. Todo esto tenían que ha-

cerlo para atraer los favores del muerto y no su cólera, que podía ser terrible si no se cumplían todas las reglas.



y la admiración en sus ojos. El dios esbozó una leve sonrisa y se olvidó de él.

Cuando la comitiva de los recién llegados, atendiendo a la invitación de Moctezuma, avanzó hacia el palacio por las estrechas calles de la ciudad, la gente del pueblo se agolpó a contemplarlos en un religioso silencio. En tanto los sacerdotes, consternados ante el acontecimiento, intercambiaron miradas interrogantes para luego dirigirse al templo a consultar los oráculos.

Pero Chimalpopoca tenía todo claro. Y, aprovechando la confusión de sus maestros, se alejó de la multitud y corrió a la orilla del lago. Sentía su cuerpo liviano y tenía ganas de reír: su hermana estaba viva y él ya no iría al calmecac. El dios blanco, al fin, había llegado para terminar con el derrame de tanta sangre. ¿Qué más podía pedir?

Elevó sus dos puños hacia el cielo y dando un largo grito de victoria que hizo eco en las rocas del pantano, corrió hacia su casa a abrazar a su hermana y a comentar la buena nueva con sus padres.

Hernán Cortés: El dios rubio

Hernán Cortés, originario de Extremadura, abandonó sus estudios de leyes para convertirse en Conquistador. Desembarcó en la península de Yucatán en 1519 y desde el primer momento se dio cuenta de que existían profundas divisiones entre las tribus indígenas y de que todas ellas odiaban a los aztecas, sus dominadores.

Cortés, ayudado por los conocimientos de la lengua nativa que tenía Jerónimo de Aguirre—un español que, luego de un naufragio, había vivido ocho años entre los indígenas—y también por una mujer *maya*—doña Marina—, avanzó en su camino de conquistas, guerras y alianzas hasta llegar a Tenochtitlán. Así, a la cabeza de cuatrocientos soldados, quince hombres de a ca-

ballo, seis piezas de artillería y algunos indígenas tlaxcaltecas, cruzó los puentes levadizos y se instaló en el corazón de la ciudad. Moctezuma, temiendo que los españoles fueran dioses rubios enviados por Quetzalcoatl, no se atrevió a enfrentarse con ellos y sólo se limitó a pronunciar fórmulas mágicas, que no lograron detenerlos.

La difícil situación a que tuvo que enfrentarse el pobre Moctezuma fue el principio del fin para su civilización y su pueblo.

Bernal Díaz escribiría más tarde:

“De todas las maravillas que yo contemplé al llegar a Tenochtitlán, hoy día está todo destruido y perdido, nada ha sido dejado en pie”.



EPILOGO

Sí. Con la llegada de ese dios blanco terminaron los sacrificios humanos para los dioses del pueblo azteca. Pero dos años después, en medio del humo de mil hogueras, también ardían sus templos y terminaba su civilización.

Ni una sola pirámide quedó en pie, las riquezas y el oro fueron arrasados, los maravillosos libros con glifos, quemados; la muerte y la sangre siguieron corriendo en los campos de batalla y los hombres y mujeres de Tenochtitlán quedaron sometidos al hombre blanco.

El niño azteca jamás entendería por qué su sueño de liberación había sido el fin de Moctezuma y el inicio de la tristeza de su pueblo. Y cuando supo que el hombre de ojos azules y barbas rubias no era el enviado de Quetzacoatl, ya no quiso soñar más.

Chimalpopoca no regresó al calmecac, pero tampoco se convirtió en guerrero: terminó como un humilde artesano, igual que su padre. Y jamás, jamás contó a nadie que el hombre blanco le había sonreído.



Glosario

LOS POCHTECA: Comerciantes que atravesaban todo el territorio de México, intercambiando sus mercaderías. Salían en caravanas hacia Guatemala y Nicaragua, cargados de mano de obra azteca. Volvían con esmeraldas de Colombia; con oro de Guatemala; con pieles de jaguar, plumas de águila, algodón, chocolate, caucho y aves vivas para la pajarera real de Tenochtitlán. Los pochteca poseían sus propios gremios y sus propios dioses y eran protegidos por los soldados.

EL LIBRO DE LOS TRIBUTOS: Los aztecas obligaban a las tribus vencidas a pagar ciertos tributos. En la época de Moctezuma el número de regiones tributadas alcanzó a ser trescientos setenta y una. En el Libro de los Tributos se anotaban los objetos entregados por cada tribu. La entrega, cuando era una vez al año, consistía en un águila viva, dos trajes de guerra y dos escudos, cuatro recipientes llenos de maíz y semillas.

CALPULLI: Grupo de familias que formaban un clan, el cual era dueño de ciertas tierras. Un hombre casado recibía del calpulli una parcela de tierras, pero no tenía derechos sobre ella, sino sobre sus frutos. Si el hombre moría sin descendencia o descuidaba las tierras, éstas volvían a manos del clan o calpulli.

MACEHUALLI: Campesino, miembro de un clan. Era agricultor, pero también guerrero y formaba parte de la milicia agraria. Los campesinos constituían la base de la sociedad azteca.

MAQUAHUITL: Feroz arma de guerra, hecha de madera dura, con filos de hojas de obsidiana lo suficientemente afiladas como para permitir que un guerrero cortara la cabeza de un caballo. Los aztecas usaban el maquahuitl con gran habilidad y mortal eficacia.

TELPOCHCALLI: Era el colegio del clan, al que asistían todos los niños a partir de ocho años y en el que se les enseñaba a manejar las armas. Además del telpochcalli estaba el calmecac, o escuela para sacerdotes. A esta última entraban los alumnos que mostraban mejores capacidades para el estudio.

MAGUEY: Especie de cactus mexicano. Lo usaban para tejer sus mantas, recubrir las paredes de sus casas y también para fabricar una bebida alcohólica: el pulque.

COCHINILLA: Tintura roja, que se obtenía moliendo millares de pequeños insectos.

GLIFOS: Pequeños dibujos que en la escritura azteca reemplazan a las palabras escritas.

QUETZAL: Pájaro de la familia de los faisanes, apreciado por sus maravillosas plumas verdes, que sólo el rey y los altos dignatarios estaban autorizados para usar.

ATOLLI: Especie de tortilla, hecha con maíz. La comían con miel y ají. También se le conoce como tamal, y se come aún hoy en México.



Bibliografía:

- LOS AZTECAS*, de Judith Crosher, Editorial Nathan, Francia.
- LOS REINOS AMERICANOS DEL SOL*, de V.W. von Hagen. Editorial Labor, Barcelona.
- CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA*, Bernal Díaz del Castillo, México.



Jacqueline Balcells y Ana María Güiraldes

Jacqueline Balcells y Ana María Güiraldes, ambas escritoras de probada trayectoria, se asociaron en 1987 para escribir libros que entregan a los jóvenes entretenimiento, cultura y calidad literaria.

Entre las dos han publicado un gran número de obras de variados temas: misterio, fábulas, ciencia ficción y cuentos de corte histórico. Entre estos últimos están los *Cuentos secretos de la Historia de Chile*, editados por Zig-Zag en 1992.

En la colección *Un día en la vida de...*, las autoras se adentran en los misterios de pasadas civilizaciones a través de historias que recrean,

con fidelidad, costumbres y ambientes de la época. Complementan a estos cuentos, textos ágiles y amenos que informan al lector sobre el periodo histórico tratado en la obra.

Ambas escritoras han sido publicadas individualmente tanto en Chile como en el extranjero.

Ana María Güiraldes tiene tres libros de cuentos para adultos, entre los que destaca *Cuentos de soledad y asombro*. Y entre sus cuentos para niños están *La ratita Marita*, *El mono buen mozo*, *La Pata Patana* y *Animales, animalitos y animalotes*. Güiraldes ha publicado también dos novelas: *Un embrujo de cinco siglos* y *El castillo negro en el desierto*.

Jacqueline Balcells, por su parte, ha publicado una novela —*El país del agua*— y varios libros de cuentos; entre éstos *El niño que se fue en un árbol*, *El archipiélago de las puntuadas*, *La hacedora de claros* y *Cuentos de los reinos inquietos*.

Por otra parte, la nouvelle *El polizón de la Santa María*, de Balcells, y *Un embrujo de cinco siglos*, de Güiraldes, pasaron a formar parte de la Lista de Honor que cada dos años otorga el IBBY Internacional.

En 1985 *El nudo movedizo*, de Güiraldes, obtuvo el Premio Municipal de Literatura; y recientemente, el cuento *Leo contra Lea*, de Balcells, el trofeo Bonnemine d' Or, otorgado anualmente en Francia por Bayard Presse.



Francisco Ramos

Nacido en Santiago de Chile, en 1954, Francisco Ramos es un pintor e ilustrador de exitosa trayectoria.

Tras haber hecho estudios de arquitectura y licenciatura en arte en la facultad de Arquitectura y en la facultad de Artes de la Universidad Católica de Chile, se especializó en dibujo científico al integrar el equipo de ilustradores de la revista *Expedición a Chile* (1977). Para ello recorrió ese país de norte a sur.

Entretanto, y desde 1973 hasta hoy, ha trabajado activamente como diseñador e ilustrador en varios Organismos no Gubernamentales (como las Iglesias Católica y Luterana) y en la edición de materiales educativos para UNICEF, FAO y algunos ministerios (de Educación, Salud, Hacienda).

Durante los años 1979 a 1982 participa en el montaje de la Feria Altiplano organizada por la Corporación Nacional Forestal (Chile).

Ramos ha colaborado también como dibujante en las revistas *Paula* y *Clan*, y ha ilustrado obras infantiles y juveniles para diversas editoriales chilenas.

Asimismo, en el terreno de la ilustración científica, ha trabajado para las Universidades de Chile, Católica y de Concepción.

Como pintor, ha participado en exposiciones colectivas e individuales, y ha viajado por varios países de América, Europa y África.

También ha dedicado un tiempo a la docencia en las facultades de Arquitectura y de Artes de la Universidad Católica de Chile.

